



a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15-04-2018

«Alegraos y regocijaos» (Mt 5,12), dice Jesús a los que son perseguidos o humillados por su causa. El Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada».

Comienza con estas palabras la muy reciente exhortación apostólica que el Papa Francisco ha escrito sobre la "llamada a la santidad en el mundo contemporáneo": *Gaudete et exsultate*, ¡Alegraos y regocijaos! ¿Cuál es el motivo de tanta alegría? Por el gran regalo que el Señor da a todos los fieles, de cada estado y de cada condición. Todos están llamados, cada uno por su camino, a la santidad, cuya perfección es la misma que la del Padre celestial" (Lumen gentium 11).

Al leer este hermoso documento, sorprende la fuerza y la determinación con que el Papa afirma que la santidad no está "reservada para aquéllos que tienen la posibilidad de dejar las ocupaciones ordinarias para dedicar mucho tiempo a la oración". ¡No! Cada creyente está llamado a ser santo, a vivir con amor y a ofrecer su propio testimonio en las ocupaciones de todos los días, allí donde se encuentre, allá donde transcurra su vida. Si es una persona consagrada, viviendo con alegría su propia donación. Si es una persona casada, amando a su cónyuge, como lo hace Cristo con la Iglesia. Si es un trabajador, cumpliendo con honestidad y competencia su trabajo. Si es padre, o abuela, o abuelo, enseñando con paciencia a los hijos y a los nietos a seguir a Jesús. Y quien tenga autoridad debe ser santo trabajando por el bien común, renunciando a los intereses personales.

Es una santidad no para unos pocos "héroes" o para personas excepcionales. Es una santidad para todos y para cada uno. Para "la gente común", que tiene una vida cotidiana común hecha de cosas sencillas, que son la estructura de la existencia de todos. Llamados a vivir la contemplación incluso en medio de la acción. Están llamados a la santificación en el ejercicio responsable y generoso de la propia misión.

No podemos ni debemos temer la santidad: porque no quita fuerzas, vida, alegría. ¡Todo lo contrario! Todo puede ser aceptado e integrado como parte de la propia existencia en este mundo, y así convertirse en el camino de la santificación.

Y he aquí, por lo tanto, la fuerte invitación del Papa a "no tener miedo de apuntar más alto", a "no temer el dejarse amar y liberar por Dios, y dejarse guiar por el Espíritu Santo". La santidad es el encuentro de la debilidad del hombre con la fuerza de la gracia del Señor.

La llamada de Dios a la santidad es la aventura de quien no está satisfecho. Así fue para "nuestros santos". Así es para nosotros. No se trata de copiar las obras de los santos, porque, en definitiva, cada uno tiene su propia vocación; se trata, más bien, "bajo el impulso de la gracia de Dios, de construir con muchos gestos esa figura de santidad que Dios quiere para nosotros".

Al leer esta exhortación apostólica sobre la llamada a la santidad, nuestro pensamiento retrocede en el tiempo, y una sensación de fuerte emoción invade nuestro corazón, pensando en algunas intuiciones y afirmaciones de Magdalena Aulina de hace más de ochenta años:

Sed perfectos como es perfecto mi Padre celestial, dijo Jesús: y en ese "sed perfectos", el Maestro Divino no ha puesto límites ni de edad ni de condición.

Cada hombre puede alcanzar la santidad, en su propio estado de vida, amando y glorificando a Dios.

Dios nos pide que hagamos bien y con amor las pequeñas cosas de cada día, las cosas ordinarias, pero con una fidelidad y honestidad extraordinarias.

No se necesitan gestos especiales para alcanzar la santidad. La santidad consiste en hacer bien, y sólo para Dios, los pequeños detalles y la responsabilidad que cada uno tiene en la vida.

Ofreced a Dios cada acción con el más vivo amor. Y no temáis, Jesús no os abandona, está siempre a vuestro lado sosteniéndooos en las dificultades del camino de cada día, incluso cuando no lo sentís.

Pidámosle al Señor Dios, por mediación de Magdalena Aulina, su sierva, que infunda en nosotros un intenso deseo de ser santos para su mayor gloria, que nos haga descubrir nuestro camino de santidad, que nos ayude a hacer emerger lo mejor de nosotros mismos (es decir, todo lo bueno y hermoso que Dios ha puesto en nuestro corazón).

Magdalena, santa "de la puerta de al lado", mantiene con nosotros lazos de amor y de comunión. Que sea nuestro modelo en el camino hacia la santidad.

